

La promesa de la semilla





PREMIO DE NOVELA JÓVENES TALENTOS 2019

La promesa de la semilla

Juanita Balcázar Sánchez



Premio de Novela
Jóvenes Talentos 2019



© Juanita Balcázar Sánchez, 2019
Premio de Novela Jóvenes Talentos 2019

Primera edición (Colombia): diciembre de 2019

© Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

ISBN 13: 978-958-42-8445-7
ISBN 10: 958-42-8445-2

Impresión: xxxxxx xxxxxxxx
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

CONTENIDO

El alma vieja	11
La promesa de la semilla	19
Agarradas dudan las raíces de su propio crecimiento	33
Vigoroso, toma su primera bocanada de aire el inocente retoño... ..	45
Tormentas y lluvias amenazan con cubrirlo de tristeza	67
Sólido tronco que impulsa la vida	81
A fuerza de avanzar, se agrieta la corteza	95
Tímidos brotes anuncian la cercanía al cielo... ..	111
Fluyen cambiantes, divergiendo de su origen, mas nunca olvidándolo	139
Ramas que ambicionan el roce de nubes, pero entre más alargadas, más frágiles	161
Caen a pedazos, marchitas por el invierno	183
Al llegar la primavera, las hojas resurgen	195
Y vuelven a descender, anaranjadas por el otoño	209
Efímeros verdes nacen como indicio de futuro	221
Cama de flor, cuna de fruto	231
La semilla, el final y el principio	245



La promesa de la semilla.

*Agarradas dudan las raíces de su propio crecimiento,
vigoroso, toma su primera bocanada de aire el inocente retoño,
tormentas y lluvias amenazan con cubrirlo de tristeza.*

*Sólido tronco que impulsa la vida,
a fuerza de avanzar, se agrieta la corteza.*

*Tímidos brotes anuncian la cercanía al cielo,
fluyen cambiantes, divergiendo de su origen,
mas nunca olvidándolo,
ambicionan el roce de nubes,*

*pero entre más alargados, más frágiles,
caen a pedazos, marchitos por el invierno.*

*Al llegar la primavera, las hojas resurgen,
y vuelven a descender, anaranjadas por el otoño.*

*Efímeros verdes nacen como indicios de futuro;
cama de flor, cuna de fruto.*

La semilla, el final y el principio.



EL ALMA VIEJA

Disfrutaba de salir a pasear. Justo en el momento del atardecer, cuando el cielo se abre en mil colores antes de ser cubierto por un manto oscuro. Era de lo más agradable. Durante ese instante, cuando el día muere, era el mejor momento para pasear. Nunca le importó el viento colérico ni la falta de luz del camino, ya que era una persona dura desde la infancia a la cual las molestias pasajeras no le importaban mucho.

Ese día en particular disfrutó más del paseo, pues se aventuró a ir sola. Normalmente el abuelo no permitía esto y enviaba a Óscar a que la cuidara. Iba con su ruana y su cigarro, y a veces llevaba un termo de café, que se tomaba a sorbitos para entrar en calor. Vigilaba a la nieta de don Alberto siempre a veinte metros de distancia, ni un paso más, ni un paso menos. No se atrevía a acercarse pues recordaba los regaños amenazantes que le había propinado la única vez que estuvo junto a ella, solo porque iba a un ritmo más rápido; pero si se quedaba muy atrás sabía que el resultado sería el mismo. El viejo era difícil de tratar, pero era un buen patrón justo y pagaba bien. Por eso Óscar prefería hacer caso sin rechistar, al menos no en voz alta. Esos paseítos casi

diarios le fastidiaban; la niña esa era un ser prepotente y altanero. Preciosa, eso sí, con un aire como ausente, como si estuviera por encima de los demás, y eso era lo que más le irritaba.

Era la preferida del abuelo ya que era la única que le escuchaba las historias desesperadas y tenía una curiosa adoración por la biblioteca del ala este de la casa. Decía el abuelo: “Esta niña sabe lo importante de las historias, y solo por eso ya nos ha aventajado en la mitad de la vida”. La niña se llamaba Carlota. Desde que nació fue llorona, con un carácter difícil y una tendencia a las pataletas más insoportables. Sus tías y primas procuraban no tener mucho contacto con ella, no soportaban que fuera tan obstinada y varonil, siempre con esa costumbre de embarrarse y agarrar animales que no sabían de dónde venían.

En opinión de Óscar, era una alimaña presuntuosa y feroz. Cuando era más pequeña y se peleaba con alguien alcanzaba a ser agresiva. Ahora había notado que con solo una mirada o un par de palabras bien dichas dejaba desarmado a cualquier oponente. Con él, en particular, siempre había sido grosera. No podía negar que la había tratado siempre con el típico desdén de sirviente con delirio de jefe, y Carlota, por su naturaleza reflectora, tan solo se había encargado de tratarlo de igual manera.

Con eso y todo, se había ganado el corazón de su abuelo, en parte porque se entendían, debido a que, como su abuelo afirmaba, ella era un alma vieja. En cierta ocasión, con el fin de entretener a la niña, le había echado el cuento de que eso del alma vieja era algo especial que solo podía habitar en una persona por familia, y que de generación en generación esa cosa abstracta encontraba asilo sin cesar. Le contó que antes de ella, él mismo fue el templo que la acogía.

–Pero, ¿cómo así, abuelito? ¿Cómo la puedo tener yo al tiempo que tú? –le preguntó aquella vez.

–Bueno, mi niña, pues es que el alma vieja está pasando de mí hacia ti. Cada día que creces más y más, yo me vuelvo más joven en mi interior y tú más vieja y más sabia. Ya verás que algún día seré tan joven como un bebé.

Carlota llegó a entender con pesar y algo de ironía esta conversación el último día que vio a su abuelo. Estaba empujándolo en los brazos descomunales de un enfermero inexpresivo; lo arrullaba para que se durmiera después de que le hubieran cambiado el pañal y dado de comer. Lloraba en silencio y solo concilió el sueño eterno cuando su nieta le cantó la nana inmortal que le cantaba su bisabuela a su madre.

Siempre que paseaban, Óscar, con su rabia resignada, pensaba en el infernal día que conoció a aquella niña que trastornó la vida de su hijo. La madre de ella, Antonia, había llegado de la clínica con aquel bulto en sus brazos, y con tan solo una mirada a esos ojos oscuros e inmensos supo que esa criatura no era de fiar. Su sospecha no hizo más que acen-
tuarse a medida que crecía. A la semana de nacer se cayó de la cama; todos se espantaron, pero la niña solo reía sin cesar, mostrando sus encías como si hubieran caído redonditos en una broma fríamente calculada. A los seis años, cuando se fue a vivir con sus abuelos, en unas vacaciones a mitad de año, se le escapó a Imelda en medio de la mañana, pescó un par de sapos del humedal del patio trasero y se los soltó en la bañera a su prima. Estaba claro que maquinaciones tan maquiavélicas eran producto de nada más y nada menos que del maligno.

Desde que llegó a esta conclusión, Óscar se santiguaba siempre tres veces antes de los paseos y ponía los índices en

cruz cuando se cruzaba con ella. A pesar de los numerosos rosarios y el agua bendita con la que bañaba a su hijo, nada pudo evitar que conociera a Carlota. “Ese muchacho tonto”, se decía casi todas las veces que recordaba lo que había tenido que pasar por culpa de esa niña y su hijo descerebrado.

No fue nunca un secreto para Óscar que su hijo tenía algo raro. Al nacer no lloró en absoluto, llegó al mundo como si estuviera meditando muy tranquilamente, y solo cuando su madre le hizo cosquillas en la barriga se dignó a despertar. No era un bebé normal. Parecía tener una sensibilidad y una tranquilidad que exasperaban a Óscar, quien esperaba un varón imponente, fuerte y quizá algo cabeza dura, debido a que siempre había creído que eso de pensar tanto las cosas no era algo muy bueno. Sentía que era muy diferente de él y en más de una ocasión se preguntó si Imelda lo habría engañado. Sin embargo, cuando el niño creció y notó que tenía el mismo lunar en la punta de la oreja que él, que su padre y que su abuelo, se tranquilizó. “Al fin y al cabo sí es mío”, se repetía cuando lo veía enfrascado contemplando el cielo como para consolarse. Nombró a su hijo Ignacio porque no se le ocurrió ningún otro nombre por el momento. Más adelante, cuando le ayudaba en sus trabajos, lo llamaba por el nombre que fuera o el que le sonara mejor, por lo que nadie en la gran casona de don Alberto se sabía el verdadero nombre del niño.

Ignacio conoció a Carlota un día que escuchó en los arbustos cerca del humedal el bufido de un gato. A su edad, cualquier oportunidad de una aventura no se podía desaprovechar, y en vista de que su padre no estaba cerca vigiándolo, se precipitó al lugar de donde provenían los ruidos. Cuando llegó, el animal salió disparado del fondo del humedal, echando espuma por la boca y con el lomo trasquilado.

Haciendo caso omiso a las advertencias de su padre, que le decía que después de almuerzo el lugar era habitado por las criaturas más malvadas que el diablo ha creado, siguió su investigación no sin cierto pánico atenazándole el pescuezo. De entre el oscuro recoveco creado por árboles retorcidos apareció una niña unos dos años menor que él, mostrándole los dientes y gruñendo como una bestia salvaje. Jamás olvidaría sus ojos negros, tan oscuros que no se le veían las pupilas. Salió corriendo hacia su casa, que se situaba humildemente en una esquina del terreno vecino de la casona, donde don Alberto le había permitido a su familia vivir.

La vio por segunda vez un día que su papá le mandó a llevarle algo a Imelda, que se encontraba en la cocina de la casa grande. Entró por la puerta trasera, como acostumbraba a hacer. En la cocina, Cecilia le informó que Imelda estaba atendiendo a sus hijas en los cuartos de arriba. Ignacio se atrevió a entrar por primera vez en la casa. Estaba decorada con muebles grandes y resistentes, pensados para una familia numerosa. Como todos los sábados, la casa estaba llena de los parientes de don Alberto. Tres niñas corrían persiguiendo a los grandes perros de la casa, o jugaban a maquillarse y trenzarse el pelo. La cuarta estaba sola, extendida en el suelo como un gato perezoso, haciendo mamarrachos en las hojas de una enciclopedia. Ignacio la contempló por varios minutos con la sensación de haberla visto en alguna parte. La niña se apartó los cabellos de la cara y volvió el rostro al sentir su mirada sobre ella. Cuando le vio los ojos negros sin pupila, el niño salió a correr aterrado. Subió las escaleras buscando a su mamá, y cuando la encontró se hundió en sus brazos y le entregó en silencio el mensaje escrito que su padre le había encomendado. Cumplida su tarea, se dispuso salir de la casa.

Tenía miedo de encontrarse a ese ser salvaje y en apariencia peligroso, por lo que tomó todas las precauciones que pudo para pasar inadvertido. Fue en vano. Carlota se le apareció justo en la puerta trasera de la cocina, con una mandarina en las manos a medio pelar. Sin hacer caso de la actitud temblorosa del niño, lo cogió del brazo con su manita sudorosa y lo guio hasta el fondo del patio trasero. Cuando llegaron le preguntó por qué escapaba de ella.

—Me gruñiste como un perro. Además, mi papá dice que eres amiga del diablo.

—¿El diablo? ¿Qué es eso?

—El que creó todo lo malo del mundo.

—Qué idea más tonta —dijo muerta de la risa.

Le ofreció los tres casquitos de mandarina que le quedaban y le dijo que si quería jugar a atrapar renacuajos. Ignacio se encogió de hombros y jugó con ella hasta la noche, cuando don Alberto salió con sus perros gigantesco buscando a su nieta. Desde entonces, Ignacio no podía quitarse la sensación de que Carlota era el ser más fascinante del mundo.

Todos los días, más o menos a las tres de la tarde, que era la hora en la que el sol se ponía amarillo y pesado, y el aire parecía almíbar, se escapaba de su padre y se sentaba en las piedras del camino a esperar la llegada de Carlota del colegio. Ella se bajaba del bus con la ropa toda revuelta, las mejillas tiernamente sonrojadas y los ojos brillantes y oscuros saludándolo. Ahora, a Ignacio, sus ojos ya no le parecían tenebrosos en lo absoluto, sino que, cuando los veía de cerca, le parecían como un pedazo de noche y de estrella. Ahora sentía que Carlota era su amiga.

Se iba haciendo carreras con él hasta la cocina de la casa, donde Imelda y su abuelo la esperaban y les daban algo de comer a ambos, y después los dejaban que se fueran a jugar

a sus mundos mágicos en el humedal del patio. Así se les pasaba la tarde y a veces parte de la noche, hasta que Carlota era llamada a tomar chocolate caliente antes de dormir.

Su padre solía regañarlo brutalmente debido a su amistad con la nieta del patrón, como Óscar la llamó toda su vida. Cada noche que volvía tarde después de haberse escapado del trabajo que su padre le había encomendado, lo esperaba un ceño fruncido, dientes apretados y puños cerrados. Con el tiempo fue aceptando la situación, mas no por eso pudo alguna vez dejar de sentirse decepcionado de su hijo. Lo dejaba partir a las tres de la tarde, resignado y pálido de la furia, sintiendo que su hijo se acercaba a un camino de dolor y desengaño que él mismo había conocido muy bien.





LA PROMESA DE LA SEMILLA

Para el tercer parto de María ya nadie estaba preocupado ni insistía en que se apresurara a llegar al hospital. La mujer, en opinión de sus vecinas y amigas, había sido bendecida con la fertilidad y el parto sin dolor. Se decía que el primero fue mientras dormía una madrugada; no se despertó, apenas movió su cuerpo para acomodarse con el fin de que la criatura tuviera espacio para salir. Su esposo llegó y la encontró con un par de seres viscosos y morados que dormían plácidamente, cada uno acunado en un brazo de su madre. Lo último que Jaime esperaba eran dos bebés en vez de uno, lo primero que se preguntó fue cómo iba a mantener a ambos y después se fijó en que no había señales de que ningún médico o partera estuvieran cerca. Despertó a su esposa y cuando ella notó que tenía un par de niños en los brazos tan solo exclamó con voz somnolienta: “Ay, y yo ni cuenta me di”. Al año nacieron un par de niñas en similares circunstancias; estas fueron mellizas, una de ojos verdes y otra de ojos miel, como para que las pudieran distinguir.

Acababan de pasar nueve meses y ya María estaba en su último trimestre de nuevo, radiante, como siempre lo había sido. Algunos creían que, debido a su nombre, había sido

acogida especialmente por el padre celestial, y que era por eso que tenía esa belleza diáfana: la risa de los pájaros de la mañana, los ojos de los días soleados y su cabello hecho de hebras de miel.

Llegó al pueblo un día que llovía a cántaros buscando trabajo. Decía que venía del campo y que lo que mejor sabía hacer era coser, preparar menjurjes con las hierbas que le dieran y cantar para que la yeguas y vacas pudieran parir. La remitieron al único lugar que tenía aquellos animales, la finca de la familia Baracaldo Pardo.

La finca era la construcción más grande de la zona. Tenía varios terrenos donde pastaban vacas de todas las razas y establos habitados por caballos de sangre caliente que sacaban dos veces al día para que los montaran los mejores jinetes de la vereda, para que así no se les fuera a oxidar el paso fino que los hacía tan caros. Cualquiera que viviera cerca la habría visto alguna vez y habría escuchado decenas de historias provenientes de la familia que la habitaba.

Cuando había algo nuevo que contar no se perdía ni un minuto, salía de boca de las criadas por la mañana en varias tandas: el primer comunicado era para el muchacho de los periódicos, que pasaba sin falta a las cinco de la madrugada y regaba la jugosa noticia extra en todas las fincas que se aparecían en la carretera destapada que desembocaba en el pueblo. A continuación, pasaba la vaga de las flores que vivía de la caridad de las criadas más que los tres pasticos que ofrecía. Ella, por su parte, se sentaba en los escalones de la iglesia y hacía del chisme de aquella mañana parte de sus anuncios parroquiales.

Así, los cotilleos se convertían en historias contadas por el cartero, la vaga de las flores, el muchacho de periódicos, los campesinos que pasaban a hacer recados hasta el pueblo,

las señoritas, las viudas, las viejas y los jóvenes, y entonces todo el pueblo se sentía como un amigo íntimo de la ilustre familia y con la autoridad de hablar de ella.

La verdadera historia de la familia era desconocida, pues no había nada de particular en ella: no había hijos bastardos ni tías abuelas vueltas de la muerte. Eran una sencilla familia que se había ganado su fortuna a pulso, con honorabilidad y transparencia. La mujer del señor Baracaldo se llamaba Jacinta Pardo. Ambos habían nacido en Chaparral y se casaron porque no había ninguna otra opción de matrimonio. Con una resignación callada que rayaba con el desinterés, intercambiaron votos en la parroquia del pueblo, luego los padres los mandaron a la tierra que habrían de habitar hasta sus últimos días y tuvieron catorce hijos. Eran cordiales el uno con el otro, como viejos conocidos, pues en su vida matrimonial nunca tuvieron lo suficiente de qué hablar como para considerarse al menos amigos. Ella le cosía los botones y le planchaba las camisas, le cocinaba y le calentaba el café antes de que saliera en las madrugadas a trabajar en la tierra.

Lo cuidaba cuando se enfermaba y le sanaba las heridas de las manos con el tibio cariño que trae la costumbre de verlo todas las mañanas quejarse de un nuevo dolor en el cuerpo. Él la acompañaba a hacer mercado para cargarle las compras de regreso, le besaba la frente cada vez que salía de la casa y era capaz de cruzarle la cara de un guantazo a cualquiera de sus hijos si alguno se atrevía a siquiera dirigirle una mirada de desafío a Jacinta. De todos sus hijos cinco fueron niñas, a las que nombraron como sus antepasadas, pues sus padres siempre les dijeron que la memoria de la familia es de lo que están hechas las personas. De igual forma bautizaron a los varones. El tercer hijo, Jaime, tenía

dieciocho años cuando María se apareció en el portón de la finca, bella e inocente. Lo primero que le dijo a doña Jacinta fue: “Acabo de ver una bebé hermosa, de ojos negros, casi sin pupilas”.

Cuando la vio, supo que nunca antes había visto a una mujer de verdad. María era una mezcla de juventud calmada y luminosa, olía a tierra asoleada y sonreía con una tranquilidad que Jaime no podía entender. Durante todo el tiempo que trabajó en la finca la rondaba con la esperanza de descifrar sus cantos de la mañana y las conversaciones que tenía con los caballos. La miraba con el ceño fruncido y nunca le dirigió la palabra, ya que por más que la espicara o la siguiera ella no parecía notarlo. Lo trataba como si fuera un cachorro que buscaba una miseria de pan. Se reía de su semblante serio y en varias ocasiones le revolvió el cabello cuidadosamente engominado y peinado severamente hacía atrás, igual a como lo hacían sus hermanos para molestarlo por su extrema pulcritud. La mujer no hacía más que provocarlo, como si viera el manejo de nervios y disgustos que era, con sus manías desconcertantes de limpieza excesiva, su rabia que le zumbaba en los oídos constantemente y su timidez absoluta, y quisiera precisamente desatar sus cadenas y volverlo desquiciado.

Lo que había comenzado con el deseo de entender su conducta de ninfa del aire, terminó por ser una obsesión dolorosa. Jaime se convirtió en su sombra; se despertaba temprano para verla calentar el horno, poner a hervir el agua y echar seis o siete especias y plantas aromáticas. Después la seguía a los establos y veía cómo pasaba el vapor caliente de la infusión bajo el hocico de los animales. Los cepillaba pausadamente, mientras tarareaba sus canciones de paloma, les cambiaba el heno y les hablaba. Si había alguna yegua o vaca

preñada se quedaba todo el día acariciándole el vientre, para que la cría se acomodara en la posición adecuada, decía ella. Cuando estaban próximas a parir, les hacía una infusión diferente y se las daba de beber el día anterior, decía que así se aseguraba de que el animalito por nacer se deslizara lo suficiente. Por las tardes la observaba desde lejos en sus recorridos por el bosque que se apelotonaba detrás de la casa, cuando recogía flores como una niña pequeña, con aire ausente, ese que habría de heredar cada integrante de la familia que portara el alma vieja de sus ancestros.

Jaime no volvió a dormir como lo hacía antes de María, cuando se despertaba temprano completamente descansado para poder hacer todos los recados que le mandaba su padre o colaborar en la finca. Ahora le tocaba hacer el doble de trabajo, pues casi para todo se necesitaba saber montar a caballo a la perfección, cosa que su hermano Nicolás nunca pudo hacer por la vergonzosa fobia que le tenía a aquellos animales y el resto de sus hermanos eran muy jóvenes o estaban casualmente ocupados. Aquel miedo no era en realidad irracional al ser fuente de un traumático accidente que sufrió a los tres años y que fue lo que determinó su destino hasta el final de sus días.

Cuando Jaime y sus hermanos eran apenas pequeños que aprendían a caminar, la hermana de Jacinta, que siempre había tenido fama de ser corta de entendimiento por ser la causante regular de desgracias ajenas, se fue a vivir con ellos después de que le hubiera provocado el tercer ataque cardíaco a su padre, y de paso a ayudar con el creciente número de infantes en la familia.

Nicolás, que era el favorito de Jacinta, alguna vez quedó al cuidado de la tía, y a esta se le ocurrió que el pequeño disfrutaría de un paseo a caballo. De modo que decidió

montarlo en el animal, y mientras daba unos pasos atrás para contemplar su obra, el caballo arrancó a correr, y su sobrino terminó con la clavícula fracturada, varias costillas astilladas y un trauma de por vida. El médico que lo revisó era más bien un veterinario que curaba solo vacas, caballos y uno que otro perro de raza. Le recomendó reposo absoluto por al menos un año y con placas de metal le medio curó las fracturas que le invadían el cuerpo.

En su tiempo de reposo fue encargado a una maestra conocida de su madre, que se había retirado hacía década y media. Doña Asofia, que además de tener un nombre en desorden parecía ser la amargura en persona, asustaba a Nicolás con sus dientes grandes y amarillentos y su voz de rana. En las largas horas de inmovilidad absoluta le enseñó a leer a la perfección y a escribir mediocrementemente, así como las cuatro operaciones de matemáticas que, decía ella, era lo único que se necesitaba para sobrevivir.

Sin embargo, en el mundo de Nicolás se necesitaba para sobrevivir saber montar a caballo, no tenerle miedo a sus hocicos de dientes largos que echan espumas y a los ojos gigantescos que nunca lo dejaban de observar. Para vivir en el mundo de Nicolás se necesitaba fuerza, de la cual sus costillas astilladas lo privaban. Nunca se pudo recuperar del todo, en su juventud no fue vigoroso, ni fuerte, ni colaborador como sus hermanos; no trabajaba como ellos, no corría como ellos. Él solo leía y daba cortos paseos a pie. Su padre, exasperado, se desentendió de él. En vista de la triste fortuna de su hijo predilecto, Jacinta, haciendo uso de todas sus conocidas, de las más chismosas del pueblo, le consiguió una vacante en un muy buen colegio del pueblo vecino, donde enseñaban los sacerdotes.

Allí Nicolás encontró otro mundo donde su mente instruida le ganó un puesto privilegiado que le permitía ser casi siempre el que dictaba la clase cuando el sacerdote se cansaba o simplemente se largaba con cualquier pretexto del salón. Se sentía poderoso, importante a comparación de sus compañeros. Era acreedor, por fin, de ese poder para el que su madre lo había criado y mimado, pero que le había sido negado en su propia casa debido al capricho de la vida. Tiempo después, cuando empezó a trabajar y a ser un pilar para la economía de su hogar, entendió que le debía a aquella tía medio boba la grandeza para la que había nacido.

Mientras Nicolás era el sol de la familia, el que les brindaba prestigio y orgullo, Jaime humildemente ayudaba en la casa, contento por los éxitos de su hermano y de poder estar cerca de María todos los días de su vida. Pero la emoción que ella le provocaba se notaba en la ineficiencia en sus tareas diarias. Normalmente, después de estudiar durante la jornada de la mañana en el pueblo, se devolvía hasta la casa bajo el sol ardiente del mediodía, llegaba bañado en sudor y con la polvareda del camino pegada a la piel, se bañaba con su totuma y el agua traída de la quebrada, y después se dedicaba a ayudar a su madre o a su padre, quien primero lo solicitara. Eso de hacer el recorrido hasta el pueblo no era cosa fácil, eran once kilómetros de distancia que en tiempos como aquellos tomaba rato abarcar. Pero algo que se viene haciendo desde los seis años se vuelve costumbre y hasta tradición, por lo que a veces, cuando no había nada que hacer, Jaime se montaba en su caballo y daba una vuelta por la vereda.

Todo eso cambió con María. Jaime no se quería perder ni un gesto de sus manos; cuando se recogía el cabello tan largo en una trenza interminable, cuando les acariciaba las

caras a las vacas y les halaba las orejas como si fueran sus amigas de toda la vida, y cuando batía la leche o machacaba las hierbas. La veía mover los dedos delicadamente cuando le preparaba infusiones para sus dolores inventados, pretexto para verla de cerca. Se trataba de acercarse, tenía la sensación de que si algo necesitaba saberse de un ser amado es el olor, quería olerla, pero ella olía a todo y a nada; su esencia era una mezcla de hierbas, tierra, leche y miel. No se atrevía a hablarle y confesar aquello que sentía, esa imperiosa necesidad de estar cerca de ella como si el mundo se fuera a acabar a cada instante. Tenía la sensación de que lo trataría como a una de sus vacas preñadas y lo untaría de infusiones tarareándole, como si eso del amor fuera un mal que se pudiera expulsar.

La desesperación lo embargaba cuando él la miraba; le decía con la mente y con los ojos que la amaba y ella le sonreía con un cariño casi maternal, desentendida de su angustia. Cierta día doña Jacinta lo encontró llorándole al balde de leche en la madrugada, lo cogió de la oreja, lo arrastró hasta el cuarto, lo baño, lo vistió y lo peinó como solía hacer cuando era un niño pequeño, lo perfumó y, al escucharle un suspiro que terminó en sollozo, lo cacheteó suavemente.

—Ya no joda más, Jaime, pídale que se case con usted de una vez por todas.

Jaime no tuvo tiempo de renegar, porque su madre lo empujó al pasillo, donde se encontró con María mirándole con unos ojos que le parecieron nuevos. Esa fue la única muestra de amor que hizo falta. Se liberó de lo que había estado abrigando en las noches, que lo aplastaba con su crecimiento exponencial, que le ataba las manos y le apresaba los ojos y las palabras. Eso que mantenía una cuenta exacta de los latidos de su corazón y le hacía buscar el olor de la

tierra asoleada, de las infusiones para partos de yeguas y vacas; eso que lo hipnotizaba como el canto de las palomas y la caricia del viento, como el color de la miel, y el sol en las tardes. Sin que se diera cuenta, mientras le soltaba el discurso de su vida, ella le arregló el cuello de la camisa mal puesta y le introdujo una margarita del bosque en el bolsillo que quedaba en encima del corazón. Entonces, por primera vez después de años de haber tratado de comprender a esa criatura del bosque, Jaime pudo entender su lenguaje de hada y supo que lo había aceptado.

Se casaron un día de lluvia torrencial, a pesar de las oraciones de las tías, de las abuelas y de la madre de Jaime. Ni siquiera los cuchillos atravesados que enterraron en el patio hicieron su efecto y la lluvia, implacable, cayó como si nada. Jacinta, aterrada por la suerte de la nueva pareja, considerando lo que significaba la lluvia en el día del casamiento, le suplicó a su marido que cambiara la ceremonia para otro día. Su esposo simplemente dijo que él no creía en las cosas de la superstición y que ya había sacrificado a la res. Ante la negativa de su esposo, trató de convencer a Jaime, quien le dijo que eso era una pendejada y se pensaba casar ese día como fuera. Por último, trató de apelar a María, esta se rio suavemente y le explicó que la lluvia es la mejor señal que hay. De modo que se casaron sin demora y en contradicción a la desesperanza de las mujeres, fue un matrimonio feliz y tranquilo.

Se fueron al pueblo, donde Jaime consiguió trabajo gracias a su hermano Nicolás, que se había hecho buen amigo de un hombre dueño de una tiendita en la que se distribuían varias mercancías para el uso doméstico. Jaime resultó ser un grandioso vendedor y poco a poco fue dejando de lado esa actitud arisca que en antaño tanto lo había caracterizado.

María, aburrida por el montón de tiempo libre que tenía en la casa, se dedicaba, más por entretenerse y sentirse útil que por hacer dinero, a sembrar en el fondo del patio hierbas curativas y aromáticas. Cuando alguien enfermaba en el pueblo, acudía a ella para que le recetara remedios caseros. Otros, en particular las muchachas jóvenes y las solteronas desocupadas, le pedían infusiones para el amor o el desamor; para corazones rotos o para fundar amores.

Por mucho tiempo María y Jaime vivieron aquella cómoda y tranquila rutina. Por las mañanas él salía temprano a trabajar, se despedía de ella con un beso en la frente, cuando la piel le olía todavía a sueño y a madrugada. María iba recogiendo, lavando y arreglando las hierbas; las cortaba y las separaba en ramitos e iba calentando el agua para poder hacer la infusión que le pidieran con gran prontitud. Al mismo tiempo alimentaba a los gatos que merodeaban por las calles e iba desgranando el maíz para el almuerzo. Jaime volvía un poco antes de medio día y almorzaban en medio de miradas tiernas. Él le hablaba de cómo le había ido y ella le contaba acerca de los enfermos que la habían visitado o de los chismes del pueblo. Después se echaban juntos a dormir un rato, y si no estaban muy cansados, entonces iban estrenando el amor de la noche. Era solo cuestión de tiempo que los niños llegaran. Tres pares de mellizos irrumpieron en la tranquilidad de sus vidas.

Jaime les mandó coser los nombres en cada prenda para poder diferenciar a los cuatro niños entre sí y a las dos niñas también. En un principio, cuando eran bebés y no sabían leer ni vestirse, fue un método muy efectivo, pero al crecer les jugaban malas pasadas a todos y se cambiaban la ropa provocando rabietas terribles a su padre temperamental y tardes de risa eterna a su madre.

María, con su naturaleza bondadosa que le permitía entenderse con todas las criaturas del universo, fue siempre una madre ejemplar. Sabía cuándo sus hijos estaban enfermos, tristes o molestos, y siempre tenía la perfecta infusión para cada ocasión: para el dolor del cuerpo, la yerbabuena; para desinflamar, manzanilla; para el dolor de cabeza después del llanto, menta. Los arrullaba con sus canciones de palomas o, a veces, con los masajes en la cabeza. Fue la única que pudo identificar a cada cual sin necesidad de alguna pista como el color de la ropa o los nombres bordados en el cuello de la camisa.

Jaime, en cambio, era más duro con ellos y no contaba con la sensibilidad de su esposa, por lo que era tosco con sus hijos, les confundía el nombre y las personalidades, los gustos y las particularidades. Se encargaba de que no les faltara nada, ni comida, ni colegio, ni ropa, pero no sabía convivir con ellos. No sabía ser sentimental ni perceptivo, la única vez que había sentido tanto fue cuando se enamoró de María.

Era cariñoso a su manera: los llevaba a donde los abuelos y les enseñaba a hacer morcilla, sin entender después su espanto, pues no consideraba que lo sangriento del proceso fuera a traumar a los niños, como le decía su madre, a lo que respondía que eso de los traumas eran inventos de los médicos que buscaban trabajo. Cada vez que los veía llorar, les decía que mejor fueran con María o con alguna hermana o criada, que con las mujeres se llora mejor. Les decía aquello en particular a los varones, porque sabía que, si le lloraban mucho tiempo, les terminaría gritando o reprendiendo por lo que llamaba actitudes infantiles; le parecía un desperdicio de lágrimas chillar por un raspón, por un juguete perdido o por no querer comer las verduras. De modo que su padre terminó por parecerles distante y serio, con su cabello

engominado peinado hacía atrás. María era la única que lo ablandaba y a la única a la que le mostraba su ternura más entrañable.

Los mellizos crecieron para ser los protagonistas y casi dueños del pueblo. Así como fue con sus abuelos, ellos eran la familia de la cual se inventaban historias que se contaban en cada esquina, en cada misa, en cada puesto de la plaza de mercado. Se hablaba de la belleza sin par de las niñas de don Jaime, de los encantos de los cuatro hermanos y de sus fechorías tan frecuentes que se habían convertido en hábito. Era usual que se robaran las frutas del mercado, que corretearan a las gallinas por la plaza una vez las hubiesen liberado de sus jaulas, y que se metieran a profanar la iglesia del pueblo jugando con fósforos. Varias veces el cura visitó a sus padres ofreciéndoles a los mellizos el puesto de monaguillos. Afirmaba que la cercanía a Dios y a la buena moral cristiana los reformaría y los convertiría en jóvenes correctos.

Jaime siempre fue un fiel creyente. En su casa era obligatorio rezar una avemaría cada mañana y, cada noche, Ángel de la guarda, y antes de almorzar era indispensable dar las gracias al Señor. Sin embargo, nunca había sido cercano a la Iglesia desde que cierto domingo, en medio de la misa, le dio un ataque al corazón a su abuelo: se le descolgó la cabeza hacia abajo, como si se hubiera quedado dormido, sentado en el incómodo banco de madera tosca en medio de los coros del Hosanna. Casi sin hacer ruido, con las manos transparentes y blancas apretadas en el pecho, soltó un resoplido, como si tuviera una fuga de aire en el pecho, que fue el único indicio de su muerte. Solo Jaime fue a socorrerlo, con el miedo palpitándole en las sienes, pero su madre lo agarró del cuello de la camisa con la fuerza de matrona experimentada y le susurró en la oreja que como se atreviera a

hacer escándalo en plena misa le esperaba un azote monumental en la casa.

El domingo siguiente fue el funeral del abuelo, donde el cura expresó que el viejo, afortunado como pocos, había muerto en casa de Dios, como cualquier fiel lo habría anhelado. La familia de Jaime sonreía ante estas palabras, pero desde aquel día, ahora que tenía una razón de peso, Jaime no volvió a misa; ese aire de cripta, de cueva escondida, de oscuridad, de muerte sin causa, de lágrimas y de vómito sin limpiar le provocaba desmayos al pisar los umbrales oscuros de aquellos lugares habitados por fantasmas tristes.

Por eso le prohibió al cura llevar a sus hijos de monaguillos, sin importarle que después en el pueblo se cuchicheara a su paso que eran una familia de paganos. Esta creencia era soportada por la impresión de que María era hija de algún ser mítico que andaba medio desnudo por los bosques, dado que nadie se creía eso de que fuera tan hermosa, tan fértil y, al mismo tiempo, portadora de esa impresión de inmortalidad. Otros murmuraban la posibilidad que también fueran medio ateos, pues nunca iban los domingos a misa, ni al viacrucis o al lavatorio de pies en Semana Santa, como cualquier buen católico lo haría sin falta.

A pesar de tantos chismes, que se habían convertido en la historia oficial de la familia de tanto ser contados por ahí, todos los pares de mellizos, e inclusive María, eran católicos apostólicos y romanos, no con la misma rigurosidad con que lo hacían en casa de su padre, pues no se sabían los pasajes de la Biblia ni rezaban el rosario. Este último solo lo usaban en la cabecera de sus camas: para que Jesús, María, José, Dios, el Espíritu Santo o alguna de esas personas de las que les hablaba su papá, a los cuales no identificaban ni entendían muy bien, los cuidaran de los peligros de la noche. Se les

había enseñado que el mundo estaba lleno de los misterios y peligros creados por el diablo, que acechaban en cada esquina esperando a algún inocente que cayera en las garras de la tentación.

Estas creencias, que eran parte esencial de la vida cotidiana de las personas que rodeaban a la familia, eran las portadoras de historias fantásticas, tristes o macabras. Todas con el propósito de sembrar el temor y la obediencia en los pequeños corazones de los niños. Entre más pequeños, era mejor; sus mentes estaban todavía blandas y maleables, eran arcilla que se controla. No hay ser que crea con más confiada facilidad en las historias que el mundo ha creado. Se puede comprobar por las costumbres que rayan con lo ridículo que se forman entre las personas que viven en las sombras. Como que las niñas de cabello largo y precioso, por las noches deben trenzárselo después de cepillarlo con gotitas de vinagre; así es como se espantan a los duendes de la noche, que buscan cabelleras libres para trenzarlas. Se contaban otras versiones de estas historias en las que se afirma que los duendes se llevan siempre un pequeño mechón de cabello, para que cuando la luna menguante derrame su luz sobre las veredas se pueda tomar posesión de las dulces almas de las niñas y jóvenes que han visitado en las noches.